



IN MEMORIAM

*Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y Albás,
Fundador y primer Gran Canciller
de la Universidad de Navarra
(1902-1975)*

El 26 de junio de 1975, sobre las 12,30 de la mañana, fallecía repentinamente en Roma Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y Albás, Fundador del Opus Dei y Fundador también y primer Gran Canciller de la Universidad de Navarra. SCRIPTA THEOLOGICA se une hoy a la dolorosa emoción y a la esperanza de tantos miles de almas en el mundo entero, elevando una oración al Altísimo por el eterno descanso de aquel al que nuestra revista, y los trabajos todos de la Facultad de Teología, deben su principal impulso y un aliento paternal y constante. Los que aquí trabajamos sabemos bien que la Universidad de Navarra —y nuestra Facultad, más en concreto— responden, en su origen y en su espíritu, a una imagen de vida científica y académica que Mons. Jo-

semaría Escrivá de Balaguer, desde su corazón de sacerdote y de universitario, trazó con rasgos inequívocos.

Se escriben las páginas de esta semblanza en el que fue, en otro tiempo, despacho del Rector. Aquí, en un cuadro, se conserva una fotografía de Mons. Escrivá de Balaguer, dedicada a la Universidad —todavía “Estudio General”— con estas palabras:

“Bendigo con especial cariño a mis hijos del Estudio General de Navarra, que con tanto garbo hacen realidad la labor apostólica que, durante años, fue tema constante de mi oración. Mariano. Roma, marzo 1954” (1).

Y en la Facultad de Teología, sobre la mesa de trabajo del Decano, puede verse otra fotografía de nuestro primer Gran Canciller besando los pies de la imagen de la Virgen, Madre del Amor Hermoso, que bendijo S.S. Pablo VI y que se venera en el Campus universitario; él mismo la envió, al entonces incipiente Instituto Teológico, con la siguiente dedicatoria:

“A los profesores y alumnos del Instituto Teológico de la Universidad de Navarra, con mi enhorabuena por su estupendo trabajo —lleno de tantas realidades y de tantas esperanzas fecundas de servicio a la Iglesia—, con todo mi afecto y con una cariñosa bendición. Roma, fiesta de la conversión de San Pablo, 25 de enero de 1968. Josemaría”.

Estas palabras generosas, que nos han impulsado de continuo en nuestra labor diaria de cristianos y de universitarios, cobran ahora una dimensión insospechada hace sólo unos días: nos hablan del afecto y de la ben-

(1) Mons. Escrivá de Balaguer, con mucha frecuencia y desde hace muchos años, solía firmar sus cartas y escritos familiares con su tercer nombre: “Mariano”. Explicó muchas veces que esto lo hacía por devoción a la Santísima Virgen.



dición de alguien muy querido que, ya para siempre, nos quiere, reza por nosotros y nos bendice —nos empuja— unido a Dios en el cielo. Estas cuartillas —comenzadas, ¿por qué no decirlo?, entre lágrimas— no quieren ser sino un testimonio de admiración y de agradecimiento al Fundador de la Universidad de Navarra y de nuestra Facultad de Teología, que ha fallecido cuando estaban a punto de celebrarse las bodas de plata de esta Universidad, que él, con oración, esfuerzo y audacia, fundó y animó (2).

* * *

Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y Albás nació en Barbastro, provincia de Huesca, el día 9 de enero de 1902. Sus padres, José Escrivá de Balaguer y Corzán y María Dolores Albás y Blanc, procedían de antiguas e ilustres familias de Aragón y Cataluña. El ambiente familiar, de acendrada vida cristiana, marcó algunas de las cualidades básicas en su carácter: amor a la libertad, sencillez en el trato, comprensión humana, laboriosidad.

Realizó los estudios eclesiásticos en el Seminario Pontificio de Zaragoza, y los de la carrera de Leyes en la Facultad de Derecho de la Universidad de esta misma ciudad, siendo ordenado sacerdote el 28 de marzo de 1925. Su primer trabajo pastoral fue en parroquias rura-

(2) Así describió en cierta ocasión el origen y el sentido de nuestra Universidad: "La Universidad de Navarra surgió en 1952 —después de rezar durante muchos años: siento alegría al decirlo— con la ilusión de dar vida a una institución universitaria, en la que cuajaron los ideales culturales y apostólicos de un grupo de profesores que sentían con hondura el quehacer docente. Aspiraba entonces —y aspira ahora— a contribuir, codo con codo con las demás universidades, a solucionar un grave problema educativo: el de España y el de otros muchos países, que necesitan hombres bien preparados para construir una sociedad más justa" (*Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, 10.^a edición castellana, Madrid, Rialp, 1975, n. 82).

les aragonesas; trasladado poco después de la ordenación a Madrid, llevó a cabo una intensa labor apostólica en los barrios obreros de la capital, entre estudiantes universitarios y entre personas de toda condición social. Al mismo tiempo fue también intensa su dedicación a tareas formativas y docentes: superior del Seminario de San Francisco de Paula, de Zaragoza, profesor de Ética General y Moral Profesional en la Escuela de Periodismo de Madrid, profesor de Derecho Canónico y Derecho Romano en Zaragoza y en Madrid. En 1928, tres años después de su ordenación sacerdotal, fundó el Opus Dei (3).

Los primeros escritos de Mons. Escrivá de Balaguer dados a la imprenta aparecen en 1934 y surgen como fruto y al servicio de su labor de almas. *Santo Rosario* es una profunda y bellísima meditación —traducida después a numerosos idiomas— sobre los quince misterios de esta tradicional devoción mariana (4). *Consideraciones espirituales*, que recogía una parte de su experiencia sacerdotal desde 1925, es un libro que, con estilo directo y personal, lleno de doctrina, coloca al lector frente a las responsabilidades que el hecho de ser cristiano lleva consigo. Agotado rápidamente, en 1939 —poco después de acabar la guerra civil española— publicó *Camino*, donde ampliaba y desarrollaba el contenido fundamental de aquel otro escrito, y que, con los años, pasaría a ser uno de los libros de espiritualidad más célebres del siglo xx, siendo ya un clásico de la literatura espiritual (5). Millones de personas de toda condición social, cultural y de

(3) Más datos en C. ESCARTÍN, *Escrivá de Balaguer, Josemaría*, en “Gran Enciclopedia Rialp”, vol. VIII (Madrid 1971), pp. 817 y ss.; también, del mismo autor, *Perfil biográfico de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid 1965.

(4) J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Santo Rosario*, 17.^a edición castellana, Madrid, Rialp, 1975. Hasta ahora han aparecido 33 ediciones en 9 idiomas diversos.

(5) J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino*, 29.^a edición castellana, Madrid, Rialp, 1975. Hasta ahora han aparecido 127 ediciones en 31 idiomas diversos.

muy varios países, han encontrado en *Camino* la luz y las energías necesarias para reconocer a Dios como Padre y dar sentido a su propia existencia de cristianos.

“*Camino* —ha podido decirse— está escrito al filo de la vida cotidiana, al filo de la experiencia apostólica del autor. Nada, pues, más lejano que *Camino* a un libro de gabinete, fruto de una elucubración racionante. La poderosa inspiración doctrinal que recorre todo el libro —el tiempo mostraría su carácter de adelantado de los tiempos— refleja un modo de mirar a Dios, la Iglesia y el mundo que no se explica sólo a partir de las *lecciones teológicas* que escuchara Mons. Escrivá de Balaguer en los centros eclesiásticos españoles de los años 20 —¡y el alumno era una inteligencia egregia!—, sino por una claridad de ideas, por una luz nueva, mejor, por unos *resplandores nuevos, para mis ojos, de esa Luz Eterna que es el Santo Evangelio* (*Camino*, 416), que han de ponerse necesariamente en relación con la fundación del Opus Dei el 2 de octubre de 1928. Las consideraciones espirituales que *Camino* contiene en número de 999 son como otras tantas instantáneas de la vida de oración y del trabajo apostólico de Mons. Escrivá de Balaguer. Cada una de ellas se explica y se profundiza no sólo a través de las más próximas sino de otras bien distantes, que acuden a la memoria del lector habitual del libro, mostrándole la coherencia y unidad del libro entero” (6).

En 1944 aparece *La Abadesa de Las Huelgas*, libro editado por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y que tuvo un gran eco en los ambientes jurídico-canónicos. *La Abadesa de las Huelgas* es el resultado de una investigación teológico-jurídica sobre esta singular figura de la historia, realizada después del examen atento

(6) P. RODRÍGUEZ, “*Camino*” y la espiritualidad del Opus Dei, en “Teología Espiritual” 9 (1965) 211-245 (la cita es de p. 213). Sobre *Camino*, vid. también J. ORLANDIS, *Una espiritualidad laical y secular*, en “Revista de Espiritualidad” 24 (1965) 563-576.

y riguroso de los archivos del famoso monasterio burgalés. Las observaciones jurídicas y teológicas, que el autor hace al correr de su análisis, desbordan muchas veces lo inmediato del asunto, para aportar enfoques doctrinales de gran envergadura pastoral. Se explica que, a pesar de su carácter monográfico y especializado, el libro haya sido reeditado el pasado año 1974 (7).

“Entre los recuerdos que me vienen ahora a la memoria con viva actualidad —escribió en cierta ocasión Mons. Escrivá de Balaguer—, hay uno de cuando era joven sacerdote. Desde entonces he recibido con no poca frecuencia dos consejos unánimes para *hacer carrera*: ante todo, no trabajar, no hacer mucha labor apostólica, porque esto suscita envidias y crea enemigos; y, en segundo lugar, no escribir, porque todo lo que se escribe —aunque se escriba con precisión y claridad— suele interpretarse mal. Doy gracias a Dios Nuestro Señor —continuaba— por no haber seguido nunca estos consejos, y estoy contento porque no me hice sacerdote para *hacer carrera*”. Don Alvaro del Portillo, actual Presidente General del Opus Dei, que es quien nos refiere este texto (8), comenta: “Yo diría que Mons. Escrivá de Balaguer, sin seguir ninguno de esos dos *consejos*, ha olvidado sobre todo el primero: el de *no trabajar*. Y precisamente esa labor apostólica diaria no le ha permitido escribir más para el bien de tantas almas” (9). De ahí que la obra escrita de Mons. Escrivá de Balaguer, de tan hondo contenido teológico, haya sido de ordinario —como ya apuntamos— fruto del afán sacerdotal y de almas que llenó toda su vida. De ahí también el estilo dialogado y vital de su obra: podría decirse que, en cierto modo, los textos del Fundador de nuestra Universidad son siempre

(7) J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *La Abadesa de las Huelgas*, 2.^a edición, Madrid, Rialp 1974. Cfr. J. ORLANDIS, recensión en “Scripta Theologica” 6 (1974) 846-850.

(8) A. DEL PORTILLO, *Presentación a J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Es Cristo que pasa*, Madrid, Rialp, 1975, p. 9.

(9) *Ibidem*.

conversación. Conversación con Dios o con los hombres: homilías predicadas en las más diversas ocasiones, extensas cartas e instrucciones dirigidas a los socios del Opus Dei, discursos en ocasiones de la vida civil y universitaria, conversaciones con gentes que se le acercan.

Precisamente la obra que aparece en 1968 se llama así: *Conversaciones* (10). Se trata de un conjunto de entrevistas concedidas a periodistas y escritores de diversos países durante el período 1966-1968 (11). El libro es de excepcional interés para conocer, en un momento crítico de la historia de la Iglesia —el inmediato “postconcilio” del Vaticano II, con sus luces y sombras— cuáles eran entonces las preocupaciones de Mons. Escrivá de Balaguer y cuál es su criterio sobre el modo en que los cristianos deben afrontar los problemas que se observan en la Iglesia y en la sociedad. Un teólogo ha hecho notar finamente que, en contraste con lo que suele ser una entrevista —en la que el interrogador “dirige” y domina la conversación—, “aquí, la coherente intencionalidad del encuestado *se hace* con los interrogantes plurales, los vertebrata y construye una obra en la que expresa lo más fundamental de sus convicciones” (12).

(10) *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, o. c. en nota 2 y citada en adelante: *Conversaciones*, seguida de un número que es el que figura al margen del párrafo correspondiente a partir de la segunda edición. Aparecidas hasta la fecha 25 ediciones en 7 idiomas diversos.

(11) Son los siguientes: Pedro Rodríguez, Director de la revista “Palabra”, Madrid; Peter Forbath, corresponsal de la revista “Time”, de Nueva York; Jacques Guillemé Brûlon, corresponsal de “Le Figaro”, de París; Tad Szulc, enviado especial del “New York Times”; Enrico Zuppi y Antonio Fugardi, director y redactor respectivamente de “L’Osservatore della Domenica”, Ciudad del Vaticano; Andrés Garrigó, Director de “Gaceta Universitaria”, Madrid; y Pilar Salcedo, Directora de “Telva”, revista madrileña dirigida a la mujer. Además, todas las ediciones incluyen al final del volumen la homilía pronunciada por Mons. Escrivá de Balaguer, en el *campus* de la Universidad de Navarra, el 8-X-1967.

(12) A. GARCÍA SUÁREZ, *Existencia secular cristiana. Notas*

Por todos los países del mundo circulan, desde hace ya bastantes años y traducidas a numerosos idiomas, las más variadas ediciones de homilías de Mons. Escrivá de Balaguer. Especialmente se ha hecho famosa la colección de 18 homilías pronunciadas entre los años 1951 y 1971 con ocasión de señaladas fiestas litúrgicas y publicada en 1973 bajo el título *Es Cristo que pasa* (13). El libro tiene una presentación de Don Alvaro del Portillo, entonces Secretario General del Opus Dei. Este libro —según el ilustre presentador— es el primero de una serie de volúmenes destinada a recoger aquella intensa predicación homilética. Don Alvaro del Portillo hace notar en la introducción a estos textos que, junto a su profundidad teológica y al vigor de su lenguaje —“directo, sencillo, de una amenidad inconfundible”—, el lector, como antes el oyente, capta en seguida “la conexión inmediata que se establece entre la doctrina del Evangelio y la vida del cristiano corriente. En ningún momento las *Homilías* se colocan en un terreno desencarnado, abstracto; hay siempre teoría, pero en continuo ensamblaje con la vida. Mons. Escrivá de Balaguer no se dirige —no hay que perder de vista que son textos hablados— a un auditorio de especulativos, de curiosos de la espiritualidad cristiana. Habla a personas de carne y hueso, que tienen ya en el alma la vida de Dios o que, barruntando el amor divino, están dispuestas a acercarse a él” (14).

La obra que deja escrita Mons. Escrivá de Balaguer

a propósito de un libro reciente, en “Scripta Theologica” 2 (1970) 145-164 (la cita es de p. 146). Se trata de un estudio sobre *Conversaciones*.

(13) J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, 10.^a edición castellana, Madrid, Rialp, 1975. Citado, en adelante: *Es Cristo que pasa*, seguido de un número que es el que figura al margen de cada párrafo en todas las ediciones. Aparecidas hasta ahora 21 ediciones en 6 idiomas diversos. Una extensa reseña fue publicada en nuestra revista: cfr. R. GARCÍA DE HARO, *Homilías: Es Cristo que pasa*, en “Scripta Theologica” 5 (1973) 379-424.

(14) A. DEL PORTILLO, *Presentación*, o. c. en nota 8, pp. 11-12.

es extensa y casi toda ella inédita. La publicación progresiva de sus escritos y palabras, no lo dudamos, constituirá la aportación de un patrimonio espiritual y teológico que ya pertenece a la Iglesia Universal.

Mons. Escrivá de Balaguer era Doctor en Derecho por la Universidad de Madrid y en Teología por la Pontificia Universidad Lateranense de Roma; Prelado de Honor de Su Santidad; Doctor "honoris causa" en Filosofía y Letras por la Universidad de Zaragoza; miembro del Colegio de Aragón; hijo predilecto de Barbastro; hijo adoptivo de las ciudades de Pamplona y Barcelona; Gran Canciller de las Universidad de Navarra (España) y Piu-ra (Perú); ha sido Consultor de la Comisión Pontificia para la interpretación auténtica del Código de Derecho Canónico y Consultor de la Sagrada Congregación para la Educación Católica; Académico "ad honorem" de la Pontificia Academia Teológica Romana.

Sin embargo, como se ha hecho notar con acierto (15), el hecho primordial de su vida está constituido por la fundación del Opus Dei, "surgido en este tiempo —según palabras de Pablo VI— como expresión viva de la perenne juventud de la Iglesia" (16). La existencia de Mons. Escrivá de Balaguer, desde la fecha de la fundación, se identifica de tal modo con su entrega al desarrollo de la Obra de Dios, que su biografía no es sino la historia de sus afanes y desvelos por "sacar adelante" —como él solía decir— este encargo divino (17).

"Hacer el Opus Dei en el mundo siendo tú mismo Opus Dei". Con esta enérgica pincelada caracterizó algu-

(15) Cfr. C. ESCARTÍN, o. c. en nota 3, p. 817.

(16) PABLO VI, *Quirógrafo*, 1 de octubre de 1964.

(17) Al Director de la revista "Palabra" le decía en 1967: "Yo no tuve ni tengo otro empeño que el de cumplir la voluntad de Dios: permítame que no descienda a más detalles sobre el comienzo de la Obra —que el Amor de Dios me hacía barruntar desde 1917—, porque están íntimamente unidos con la historia de mi alma, y pertenecen a mi vida interior" (*Conversaciones*, 17).

na vez el autor de *Camino* el compromiso cristiano de los socios de la Obra. Pero vale, sobre todo, para comprender la vida santa del Fundador. En efecto, es imposible una semblanza, un esbozo siquiera como el que ahora intentamos de esta egregia figura, sin considerar su Obra, que en realidad es Obra de Dios.

* * *

Mons. Escrivá de Balaguer, como dijimos, fundó el Opus Dei en Madrid el día 2 de octubre de 1928, y dos años más tarde, el 14 de febrero de 1930, la Sección femenina de la Obra (18). Durante los primeros años, el Opus Dei se afianza y crece con la oración, la penitencia intensísima y el apostolado personal de su Fundador, que va reuniendo a su alrededor algunas personas que desean compartir el afán de almas que le mueve. En sus comienzos, la Obra se difunde por donde pasa la acción apostólica del joven sacerdote: se dirige primero —ya lo hiciémos notar— a los estudiantes de la Universidad y a las barriadas obreras de Madrid, pero también a otros ambientes y ciudades. En 1935, Mons. Escrivá de Balaguer preparaba el comienzo de la Obra en Francia. La guerra civil española y la II Guerra Mundial obligaron a retrasar el proyecto. En 1940 inicia la actividad apostólica en Portugal; y en muy pocos años envía a socios de la Obra para comenzar la labor en Inglaterra, Francia, Italia, Estados Unidos, México, Irlanda, Chile, etc. En 1946, Mons. Escrivá de Balaguer se traslada a Roma, y, a partir de ese momento, desde Roma, dirigirá el gobierno central de la Asociación. A partir de 1949 y 1950 continúa la expansión geográfica: Alemania, Holanda, Argentina, Canadá, Venezuela y los demás países europeos y americanos, además de Kenya, Japón, Filipinas, Nigeria, Australia,

(18) Cfr. *Conversaciones*, 32. Sobre el Opus Dei, cfr., entre la numerosa bibliografía. A. BYRNE, *Opus Dei*, en “Gran Enciclopedia Rialp”, vol. XVII (Madrid 1973), pp. 347-351.

etc. En 1975, el número de socios del Opus Dei supera los 60.000, pertenecientes a 80 nacionalidades.

Desde el primer momento, y a pesar de la modestia de sus comienzos —lo ha explicado él mismo: “sólo tenía 26 años, gracia de Dios y buen humor” (19)—, el Fundador entiende el Opus Dei —y así lo dice a cuantos le siguen— como lo que es hoy: una asociación de fieles católicos, de extensión y régimen universales, integrada por laicos y sacerdotes seculares que se esfuerzan por vivir las virtudes cristianas, cada uno dentro de su respectivo estado y condición de vida, y en el ejercicio de su propia profesión y trabajo en la sociedad, realizando así el apostolado de dar a conocer con el ejemplo y con la palabra la doctrina de Cristo. En efecto, el Opus Dei es, por su espíritu, una asociación de carácter universal. En 1934, a sólo seis años de la fundación de la Obra, escribió Mons. Escrivá de Balaguer a los primeros socios: “Conviene hacer notar que *no somos una organización circunstancial*, ni venimos a llenar una necesidad particular de un país o de un tiempo determinado, porque quiere Jesús su Obra desde el primer momento con entraña universal, católica” (20).

El Opus Dei contó desde su fundación con el apoyo y aliento de la Jerarquía Episcopal y recibió, desde 1943, todas las aprobaciones de la Sede Romana (21). Consta

(19) *Conversaciones*, 32.

(20) La insistencia en esta enseñanza ha sido constante en Mons. Escrivá de Balaguer al explicar la naturaleza del Opus Dei.

(21) Mons. Escrivá de Balaguer dijo a un periodista: “Para mí, después de la Trinidad Santísima y de nuestra Madre la Virgen, en la jerarquía del amor, viene el Papa. No puedo olvidar que fue S. S. Pío XII quien aprobó el Opus Dei, cuando este camino de espiritualidad parecía a más de uno una *herejía*; como tampoco se me olvida que las primeras palabras de cariño y afecto que recibí en Roma, en 1946, me las dijo el entonces Mons. Montini. Tengo muy grabado el encanto afable y paterno de Juan XXIII todas las veces que tuve ocasión de visitarle” (*Conversaciones*, 46).

de dos Secciones —una de varones y otra de mujeres—, absolutamente independientes, cada una con su propio régimen de gobierno, unidas sólo en la persona del Presidente General.

Es interesante subrayar que, aunque en el Opus Dei hay sacerdotes, la gran mayoría de los socios son laicos y, en el ámbito de la Asociación, los sacerdotes no tienen preeminencia alguna con respecto a los que no lo son. “Dentro de la Obra —ha escrito su Fundador— somos todos iguales, no hay categorías que distingan y separen en dos clases a los sacerdotes y a los seglares” (22). Y es que en la Obra fundada por Mons. Escrivá de Balaguer se da la misma variedad de personas que en la sociedad civil: hombres y mujeres, jóvenes y viejos, solteros y casados. Hay en la Obra personas de cualquier profesión: tanto médicos, ingenieros, abogados, etc., como obreros, campesinos, mineros, empleados, etc. La razón de esta variedad la ha explicado el mismo Fundador con estas palabras: “Para formar parte del Opus Dei se necesita sólo la buena voluntad de corresponder a la vocación divina, que invita a buscar la perfección cristiana en el propio estado y en el ejercicio de la propia profesión u oficio en el mundo, según el espíritu del Opus Dei. Precisamente por eso pertenecen a la Obra hombres y mujeres de las más diversas condiciones: porque la vocación la da Dios, y [...] porque para Dios no hay acepción de personas” (23).

He aquí cómo describía Mons. Escrivá de Balaguer esta variedad de personas, hablando en nuestra Universidad:

“Quienes han seguido a Jesucristo —conmigo, pobre pecador— son: un pequeño tanto por ciento de sacer-

(22) J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Carta*, Madrid, 2-II-1945. De ahora en adelante nos referiremos a algunas cartas inéditas de Mons. Escrivá de Balaguer, que hemos podido consultar. Citamos con la palabra *Carta*, seguida de la ciudad y la fecha.

(23) *Carta*, Roma, 31-V-1954.

dotes, que antes han ejercido una profesión o un oficio laical; un gran número de sacerdotes seculares de muchas diócesis del mundo —que así confirman su obediencia a sus respectivos Obispos y su amor y la eficacia de su trabajo diocesano—, siempre con los brazos abiertos en cruz para que todas las almas quepan en sus corazones, y que están como yo en medio de la calle, en el mundo, y lo aman; y la gran muchedumbre formada por hombres y por mujeres —de diversas naciones, de diversas lenguas, de diversas razas— que viven de su trabajo profesional, casados la mayor parte, solteros muchos otros, que participan con sus conciudadanos en la grave tarea de hacer más humana y más justa la sociedad temporal; en la noble lid de los afanes diarios, con personal responsabilidad —repito—, experimentando con los demás hombres, codo con codo, éxitos y fracasos, tratando de cumplir sus deberes y de ejercitar sus derechos sociales y cívicos. Y todo con naturalidad, como cualquier cristiano consciente, sin mentalidad de selectos, fundidos en la masa de sus colegas, mientras procuran detectar los brillos divinos que reverberan en las realidades más vulgares” (24).

No es éste el lugar de exponer la naturaleza jurídica y el régimen de la Asociación Internacional de fieles que fundó y a la que entregó su vida nuestro Gran Canciller, ni de detenerse en explicar la variedad de socios y de apostolados que el Opus Dei realiza (25), o la peculiar

(24) *Conversaciones*, 119.

(25) Vid. sobre este asunto A. BYRNE, o. c. en nota 18, pp. 348-349. Teólogos y canonistas han señalado el carácter precursor del Fundador del Opus Dei a propósito del ecumenismo en la Asociación por él fundada. Recientemente, el canonista de Lovaina W. Onclin, Secretario de la Comisión para la Reforma del Código de Derecho Canónico, escribía: “Le Concile Vatican II a aussi reconnu un autre trait de l’esprit du Fondateur: l’œcuménisme. L’Opus Dei, en effet, a été la première Association de l’Eglise à obtenir de la Saint Siège —déjà en 1950— l’autorisation d’admettre comme coopérateurs des non catholiques, et même des non chrétiens” (W. ONCLIN, *Mgr. Es-*

espiritualidad de que está dotada. Dejamos tan sólo constancia de algunos textos en los que él mismo describe con mano maestra el perfil del Opus Dei y de su espíritu:

“La principal característica del Opus Dei no son unas técnicas o unos métodos de apostolado, ni unas estructuras determinadas, sino un espíritu que lleva precisamente a la santificación del trabajo ordinario” (26).

“Por eso, en frase que escribí hace ya muchos años, se puede decir que el Opus Dei es viejo como el Evangelio y como el Evangelio nuevo. Es recordar a los cristianos las palabras maravillosas que se leen en el Génesis: que Dios creó al hombre para que trabajara. Nos hemos fijado en el ejemplo de Cristo, que se pasó la casi totalidad de su vida terrena trabajando como un artesano en una aldea. El trabajo no es sólo uno de los más altos de los valores humanos y medio con el que los hombres deben contribuir al progreso de la sociedad: es también camino de santificación” (27).

“La característica peculiar de la espiritualidad del Opus Dei, como tantas veces os he dicho, consiste en que cada uno ha de santificar la profesión, su trabajo ordinario, santificarse en su profesión, y santificar a otros con su profesión” (28).

“El espíritu del Opus Dei, en efecto, tiene como característica esencial el hecho de no sacar a nadie de su sitio —*unusquisque, in qua vocatione vocatus est, in ea permaneat* (I Cor 7, 20)—...; lleva a que cada uno cumpla las tareas y deberes de su propio estado, de su misión en la Iglesia y en la sociedad civil, con la mayor perfección posible” (29).

“La manera más fácil de entender el Opus Dei es pen-

crivá de Balaguer, en “La Libre Belgique”, Bruxelles, 2-VIII-1975). Sobre el Opus Dei y el ecumenismo se expresa el mismo Mons. Escrivá en *Conversaciones*, 22.

(26) *Conversaciones*, 72.

(27) *Conversaciones*, 24.

(28) *Carta*, Roma, 14-II-1950.

(29) *Conversaciones*, 16.

sar en la vida de los primeros cristianos. Ellos vivían a fondo su vocación cristiana, buscaban seriamente la perfección a la que estaban llamados por el hecho, sencillo y sublime, del Bautismo” (30).

“En el Opus Dei, procuramos siempre y en todas las cosas sentir con la Iglesia de Cristo: no tenemos otra doctrina que la que enseña la Iglesia para todos los fieles. Lo único peculiar que tenemos es un espíritu propio, característico del Opus Dei, es decir, un modo concreto de vivir el Evangelio, santificándonos en el mundo y haciendo apostolado con la profesión. De ahí se sigue inmediatamente que todos los miembros del Opus Dei tienen la misma libertad que los demás católicos para formar libremente sus opiniones, y para actuar en consecuencia” (31).

“Los socios del Opus Dei se han unido *sólo* para seguir un camino de santidad, bien definido, y colaborar en determinadas obras de apostolado. Sus compromisos recíprocos excluyen cualquier tipo de interés terreno, por el simple hecho de que en este campo todos los socios del Opus Dei son libres, y por tanto cada uno va por su propio camino, con finalidades e intereses distintos y en ocasiones contrapuestos” (32).

“El respeto a la libertad de sus socios es condición esencial de la vida misma del Opus Dei. Sin él no vendría nadie a la Obra. Es más. Si se diera alguna vez —no ha sucedido, no sucede y, con la ayuda de Dios, no sucederá jamás— una intromisión del Opus Dei en la política, o en algún otro campo de las actividades humanas, el primer enemigo de la Obra sería yo” (33).

“Nuestra pluralidad no es, para la Obra, un problema: por el contrario, es una manifestación de buen espíritu, de vida corporativa limpia, de respeto a la legíti-

(30) *Conversaciones*, 24.

(31) *Conversaciones*, 29.

(32) *Conversaciones*, 67. El subrayado es de Mons. Escrivá de Balaguer.

(33) *Conversaciones*, 28.

ma libertad de cada uno, porque *ubi autem Spiritus Domini, ibi libertas* (II Cor 3, 17), donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad" (34).

A esta empresa universal entregó sus afanes y su vida Mons. Escrivá de Balaguer, siendo llamado al encuentro definitivo con el Señor cuando la Obra, como él solía decir, "huele a campo cuajado".

* * *

Desde 1946, el ilustre prelado residía habitualmente en Roma, dedicado al trabajo y a la oración —"la oración ha sido siempre mi gran arma" (35)—, transmitiendo a los suyos el formidable empuje de su fe y de su afán de almas. "Mons. Escrivá de Balaguer —escribió después de su muerte el Cardenal Baggio— era hombre sencillo y modesto, que rehuía la publicidad y los gestos clamorosos; no iba de un lado a otro para dar conferencias, aunque era generosísimo e incansable en su ministerio sacerdotal y paterno de la palabra; sólo concedía entrevistas a la prensa cuando era ya imposible evitarlas" (36).

"Me molesta profundamente todo lo que pueda sonar a autobombo", decía a unos de esos escritores (37). Tres meses antes de su muerte había celebrado sus bodas de oro con el sacerdocio. Al prepararse por todos sus hijos esa gozosa fiesta de familia, les escribió algo que pone de manifiesto su profunda humildad: "No quiero que se prepare ninguna solemnidad, porque deseo pasar este jubileo de acuerdo con la norma ordinaria de mi conducta

(34) *Carta*, Madrid, 14-III-1930.

(35) *Conversaciones*, 21.

(36) S. BAGGIO, *Profilo di Monsignore Josemaría Escrivá de Balaguer*, en "Avvenire", Milano, 26-VII-1975, p. 5. El Cardenal Baggio es el Prefecto de la Sagrada Congregación para los Obispos.

(37) *Conversaciones*, 18.

de siempre: ocultarme y desaparecer es lo mío, que sólo Jesús se luzca" (38).

Y, en medio de ese silencio, una entrega sacerdotal al apostolado con toda clase de personas. "Ha influido poderosamente en mi vida— escribía al día siguiente de su muerte un Arzobispo español—. No podré olvidar nunca aquella mañana del 14 de agosto de 1931, en que se presentó en mi casa... Me dijo que pensara seriamente en los tiempos difíciles que atravesaba España y la Iglesia en España. Aquella conversación hizo cambiar el rumbo de mi vida y desde entonces me consagré al apostolado obrero. He mantenido siempre con él una sincera y entrañable amistad. Su muerte me ha impresionado profundamente, pero me consuela saber que ha dejado frutos abundantísimos e imperecederos" (39).

Don Alvaro del Portillo comentó, el mismo 26 de junio, que Mons. Escrivá de Balaguer murió como él deseaba: "Decía que quería morir sin dar la lata. Y así ha sido. Dios le ha escuchado" (40). Esta anécdota nos sitúa en algo que conocen bien todos los que le han tratado: el carácter sencillo, amigable, cariñoso, de su personalidad. Estar con él unos minutos era ganar en deseos de vida interior y de apostolado en el mundo y, a la vez, disfrutar de una conversación adornada de una cordialidad y gracia humana no comunes. Así se explica que la mejor definición que se pueda dar del Opus Dei —como él mismo dijo— sea que es una familia. Una gran familia de vínculo sobrenatural, pero que, en su estilo humano, se hace incomprensible sin el cariño tan hondo —"de padre y de madre", decía— de Mons. Escrivá de Balaguer por cuantos se le acercaban: un cariño, un humor y alegría contagiosos, que transformaban una re-

(38) El texto se encuentra en G. MOLTENI, *La scomparsa di un Fondatore: Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, testimone di vita cristiana*, en "L'Osservatore Romano", 28-VI-1975.

(39) P. CANTERO, en "El Noticiero", Zaragoza, 27-VI-1975.

(40) Tomado de la prensa del día 27-VI-1975. Cfr., por ejemplo, "ABC" de ese día, Madrid, p. 96.

unión de miles de personas en una entrañable tertulia familiar.

Son innumerables los testimonios de gentes que relatan la misma experiencia, después de haber conocido al Fundador del Opus Dei: tenían la sensación de que, a la hora de la lucha por servir a Jesucristo y en medio de los sinsabores y contradicciones que ese seguimiento lleva consigo, les acompañaba una palabra cálida y sonriente, animosa y llena de buen humor, incitadora a la entrega generosa y sin condiciones a la Voluntad divina, llevando con garbo el sacrificio.

En su talante humano, que fue tan moldeado por la gracia de Dios, se observa un excepcional cultivo de las virtudes humanas en admirable conjunción con las teológicas. De su actuación y de su vida toda, se desprende la alta estima que tenía por el hombre, por el hombre concreto de carne y hueso, con sus miserias y, a la vez, con su eterno destino de santidad. De ahí que brillen en el temple cristiano de Mons. Escrivá de Balaguer, junto a la caridad, la humildad y la fe, que le sitúan radicalmente ante Dios, ese otro conjunto de valores que dibujan su atractiva personalidad ante los hombres: su sinceridad desarmante, su respeto a la libertad de las conciencias, su defensa de la dignidad de la persona, su valiente lealtad; en definitiva — ¡era hombre de leyes! —, su apasionado amor por la justicia.

“Soy aragonés —dijo en una ocasión— y hasta en lo humano de mi carácter amo la sinceridad: siento una repulsión instintiva por todo lo que suponga tapujos. Siempre he procurado contestar con la verdad, sin prepotencia, sin orgullo, aunque los que calumniaban fueran mal educados, arrogantes, hostiles, sin la más mínima señal de humanidad” (41). La misma repulsa instintiva se observa en él ante todas las formas de gregarismo y de totalitarismo. El amor y la defensa de la libertad pasan de esta forma a ser uno de los rasgos más característicos de

(41) *Es Cristo que pasa*, 70.

su perfil humano: “Soy muy amigo de la libertad —dijo y, sobre todo, lo demostró— y de que cada uno siga su camino” (42). “No hago, ni quiero, ni puedo hacer política; pero mi mentalidad de jurista y de teólogo —mi fe cristiana también— me llevan a estar siempre al lado de la legítima libertad de todos los hombres” (43). “He defendido siempre la libertad de las conciencias. No comprendo la violencia: no me parece apta ni para convencer ni para vencer; el error se supera con la oración, con la gracia de Dios, con el estudio; nunca con la fuerza, siempre con la caridad” (44). “Algunos de los que me escucháis —predicaba en 1970— me conocéis desde muchos años atrás. Podéis atestiguar que llevo toda mi vida predicando la libertad personal, con personal responsabilidad. La he buscado, por toda la tierra, como Diógenes buscaba un hombre. Y cada día la amo más, la amo sobre todas las cosas terrenas: es un tesoro que no apreciamos nunca bastante” (45).

Su corazón grande, esa nobleza de su temple —la “humanitas”, de que hablaban los antiguos— vibraba ante “esas hambres que se advierten en el pueblo: de verdad, de justicia, de unidad y de paz” (46) y trabajaba y predicaba incansablemente la caridad y la justicia: “Un hombre o una sociedad que no reaccione ante las tribulaciones o las injusticias, y que no se esfuerce por aliviarlas, no son un hombre o una sociedad a la medida del amor del Corazón de Cristo” (47). Mons. Escrivá de Balaguer veía a Cristo en cada hombre: cada hombre “es Cristo que pasa”. Un ilustre periodista español recogió unas palabras de Mons. Escrivá de Balaguer, que resumen bien este rasgo de su personalidad: “Yo no quiero

(42) *Conversaciones*, 30.

(43) *Conversaciones*, 77.

(44) *Conversaciones*, 44.

(45) *Es Cristo que pasa*, 184.

(46) *Es Cristo que pasa*, 157.

(47) *Es Cristo que pasa*, 167.

sino ayudar, por los caminos del espíritu, a la libertad y a la dignidad del hombre: ése es mi sueño" (48).

Todas estas virtudes humanas —es otro rasgo de su perfil— estaban refundidas en el crisol de su estilo universitario, de su acendrada vocación a la cultura que, en lo humano, explica muchas de las actitudes descritas: "me considero universitario: y todo lo que se refiere a la Universidad me apasiona" (49). Hablando con el Director de una revista universitaria se expresaba así: "Antes de nada, quiero decir que en esta conversación estoy expresando una opinión, la mía, la de una persona que desde los dieciséis años —ahora tengo sesenta y cinco— no ha perdido el contacto con la Universidad" (50). Con esta modestia hablaba un hombre que era fundador de dos Universidades y promotor en todo el mundo de más de doscientas instituciones universitarias. Pero, para él, todo estaba unido y la Universidad y la libertad humana se le aparecían inconcebibles sin Dios: "Cuando —llegada la plenitud de los tiempos— Cristo iluminó para siempre las arcanas lejanías de nuestro destino eterno, quedó establecido un orden humano y divino a la vez, en cuyo servicio tiene la Universidad su máxima grandeza" (51). "La religión —decía— es la mayor rebelión del hombre que no quiere vivir como una bestia, que no se conforma —que no se aquieta— si no trata y conoce al Creador: el estudio de la religión es una necesidad fundamental. Un hombre que carezca de formación religiosa no está completamente formado. Por eso la religión debe estar presente en la Universidad; y ha de enseñarse a un

(48) Cfr. M. AZNAR, *Responso personal de gozo y esperanza por Don José María Escrivá*, en "La Vanguardia", 6-VII-1975.

(49) *Conversaciones*, 77.

(50) *Conversaciones*, 76.

(51) Texto en UNIVERSIDAD DE NAVARRA, *Discursos pronunciados en la Ceremonia de Investidura de Grado de Doctor "Honoris Causa" de los Excmos. Sres. D. Juan Cabrera y Felipe y D. Miguel Sancho Izquierdo, celebrada en el Aula Magna el día 28 de Noviembre, Pamplona 1964*, p. 22.

nivel superior, científico, de buena teología. Una Universidad de la que la religión esté ausente, es una universidad incompleta: porque ignora una dimensión de la persona humana, que no excluye —sino que exige— las demás dimensiones” (52). Estaba convencido de ello y lo dejó escrito: “El cristianismo —escribía en 1940— es la única doctrina donde encontrarán firme fundamento y seguro progreso todas las instancias nobles del vivir humano” (53).

Pero, si tuviéramos que sorprender una palabra de este hombre de Dios que nos diera la clave para entender la fecundidad sobrenatural de su vida, tendríamos que acudir a aquella que dijo en tantas ocasiones: “Yo soy un sacerdote que no habla más que de Dios” (54). Pero no hablaba más que de Dios —hemos de agregar nosotros—, porque fundamentalmente su vida fue un continuo hablar con Dios, tratándole en el Sacramento de la Eucaristía y en la oración (55). En una “tertulia” hace más de quince años con el Fundador del Opus Dei —que no tenía entonces los sesenta—, le escuchamos estas palabras: “Yo ya voy siendo viejo, y los viejos vamos dejando como accidentales cosas que antes, de jóvenes, parecían muy importantes. Yo me voy quedando con lo

(52) *Conversaciones*, 73.

(53) *Carta*, Madrid, 11-III-1940.

(54) Citado por A. DEL PORTILLO, *Presentación*, o. c. en nota 8, p. 7.

(55) “Mi oficio es rezar”, dijo a un periodista (*Conversaciones*, 33). Y él, el jurista y teólogo, el maestro de espiritualidad, rezaba en plena madurez, y hasta el final de sus días, como rezan los niños: “Lo digo con agradecimiento y con orgullo de hijo, yo sigo rezando —por la mañana y por la noche, y en voz alta— las oraciones que aprendí cuando era niño, de labios de mi madre. Me llevan a Dios, me hacen sentir el cariño con que me enseñaron a dar mis primeros pasos de cristiano” (*Conversaciones*, 103). Esta su experiencia espiritual está detrás, sin duda, del lema que señaló a sus hijos en el Opus Dei: “Piedad de niños y doctrina de teólogos”. Cfr. *Es Cristo que pasa*, 10.

esencial, voy llegando a una *síntesis*. Y esa síntesis es: en lo humano, *omnia in bonum* (56); y, en lo sobrenatural, hablar con el Padre, hablar con el Hijo, hablar con el Espíritu Santo. Lo demás no tiene importancia”.

Y el Jueves Santo de este año 1975, víspera de su jubileo sacerdotal, los que convivían con él en Roma escucharon su homilía, que era predicación y oración: “Adoro al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo, Dios único. Yo no comprendo esa maravilla de la Trinidad: pero Tú has puesto en mi alma ansias de creer. ¡Creo!: quiero creer como el que más. ¡Espero!: quiero esperar como el que más. ¡Amo!: quiero amar como el que más. Tú eres quien eres: la Suma Bondad. Yo soy quien soy: el último trapo sucio de este mundo. Y, sin embargo, me miras..., y me buscas..., y me amas. Señor: que mis hijos te miren, y te busquen, y te amen. Señor: que yo te busque, que te mire, que te ame [...]. Me alegra que seas tan grande que no quepas en mi pobre corazón, en mi miserable cabeza. ¡Dios mío! ¡Dios mío!... Si no sé decirte otra cosa, ya basta. ¡Dios mío! Toda esa grandeza, todo ese poder, toda esa hermosura..., ¡mía! Y yo..., ¡suyo! [...]. Hemos de estar —y tengo conciencia de habérselo dicho muchas veces— en el Cielo y en la tierra. No *entre* el Cielo y la tierra, porque somos del mundo. ¡En el mundo y en el Paraíso a la vez! Esta sería como la fórmula para expresar cómo hemos de componer nuestra vida, mientras estamos *in hoc saeculo*. En el Cielo y en la tierra, endiosados; pero sabiendo que somos del mundo y que somos tierra, con la fragilidad propia de lo que es tierra: un cacharro de barro que el Señor ha querido aprovechar para su servicio. [...]. He recordado que en nosotros habita Dios, Señor Nuestro, con toda su grandeza. En nuestros corazones hay habitualmente un Cielo. Y no voy a seguir. *Gratias tibi, Deus, gratias tibi: ve-*

(56) Jaculatoria muy frecuente en labios de Mons. Escrivá de Balaguer, síntesis de la expresión paulina: “*diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum*” (Rom 8, 28).

ra et una Trinitas, una et summa Deitas, sancta et una Unitas!".

Son palabras impresionantes, salidas de un corazón que ha llegado muy alto en la experiencia y el amor de Dios y que, a la vez, podía decir: "Soy sacerdote secular: sacerdote de Jesucristo, *que ama apasionadamente al mundo*" (57). Esta realidad, antes que mensaje, que doctrina espiritual lanzada a los hombres, fue, en Mons. Escrivá de Balaguer, carne de su carne, expresión de la santidad de su vida, de esa "unidad de vida" que captaban las gentes, aún sin entender del todo el "fondo" último del que procedía, como revelan estas palabras sagaces del periodista ya citado: "No recuerdo a nadie que, con tanta espontaneidad, con naturalidad tan admirable, uniera en un solo haz lo natural y lo sobrenatural: Dios y el hombre, el hombre y Dios. Esa difícilísima empresa de tener presentes las inspiraciones sobrenaturales en medio de las más menguadas trivialidades de la humana existencia, se cumplía en el Fundador del Opus Dei sin la menor apariencia de esfuerzo, sin rechinamientos a la hora de ajustar las inquietudes del más allá con las realidades del más acá. Ignoro cuáles fueron los caminos que le llevaron a una tan perfecta unión de los dos mundos. Entiendo que para él no había tales 'dos mundos', sino uno solo" (58).

Sólo desde su alma sacerdotal, unida a Dios —es necesario subrayarlo—, puede comprenderse su vida, concretamente aquel rico talante humano, al que antes hemos aludido. El mismo ha venido a insinuarlo: "Yo, como sacerdote, procuro estar con Cristo, que sobre la Cruz abrió sus dos brazos y no sólo uno de ellos: tomo, con libertad, de cada grupo, aquello que me convence, y que me hace tener el corazón y los brazos acogedores para toda la humanidad" (59). Por eso, queremos reproducir ahora el testimonio a este respecto de la persona que más

(57) *Conversaciones*, 118.

(58) M. AZNAR, o. c. en nota 48.

(59) *Conversaciones*, 44.

ha tratado a Mons. Escrivá de Balaguer en los últimos cuarenta años: “La fecundidad del sacerdocio cristiano, que sólo se explica por razones sobrenaturales, se ha vertido en una predicación incansable. Con razón ha escrito que *la gran pasión de los sacerdotes del Opus Dei es la predicación*. [...] Hablar de Dios, acercar los hombres al Señor: así lo he visto desde que lo conocí, en 1934. Catequesis, días y cursos de retiro espiritual, dirección de almas, cartas breves e incisivas, que llevaban en los trazos —rápidos y definidos— la paz a muchas conciencias. En los primeros meses de 1936 llegó a enfermar; los médicos diagnosticaron sólo cansancio. Predicaba, a veces, diez horas diarias. El clero de casi todas las diócesis españolas recibió su predicación; lo llamaban los obispos y él recorría el país a sus propias expensas —en aquellos trenes de entonces—, sin más pago que la amorosa obligación de hablar de Dios” (60).

En efecto, su palabra era siempre palabra de sacerdote que explica el Evangelio, como dijo en solemne ocasión para nuestra Universidad: “Haber oído la Palabra de Dios os sitúa ya en el ámbito en el que quieren moverse estas palabras mías que ahora os dirijo: palabras de sacerdote, pronunciadas ante una gran familia de hijos de Dios en su Iglesia Santa. Palabras, pues, que desean ser sobrenaturales, pregoneras de las grandezas de Dios y de sus misericordias con los hombres” (61). Las palabras de Mons. Escrivá de Balaguer eran para hablar a los hombres de la Trinidad Santísima, Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, a la que podríamos llegar —explicaba— si tratamos con confianza a la “trinidad de la tierra”, como él gustaba decir: Jesús, María y José; para encender a los cristianos en amor a la Sagrada Eucaristía, Sacrificio y Sacramento, donde Cristo se nos da —le gustaba saborear las palabras del dogma— verdadera, real y sustancialmente presente en Cuerpo, Sangre, Alma

(60) A. DEL PORTILLO, *Presentación*, o. c. en nota 8, p. 8.

(61) *Conversaciones*, 113.

y Divinidad; para exhortar a la lealtad con la Iglesia, Esposa inmaculada de Cristo, una, santa, católica y apostólica; para hacer notar de modo inolvidable que lo único verdaderamente importante en la vida es que seamos personalmente santos, porque ésa es la voluntad de Dios. “Desde hace casi treinta años —predicaba en 1957— ha puesto Dios en mi corazón el ansia de hacer comprender a personas de cualquier estado, de cualquier condición u oficio, esta doctrina: que la vida ordinaria puede ser santa y llena de Dios, que el Señor nos llama a santificar la tarea corriente, porque ahí está la perfección cristiana” (62). En efecto, de su palabra oral y escrita hemos aprendido tantos en el mundo a santificar el trabajo de cada día, las tareas del hogar y del descanso, convirtiendo lo menudo en oración y en motivo connatural de apostolado. De este sacerdote santo, que siempre quiso estar oculto y desaparecer, se ha servido Dios para hacer notorio en el mundo que se pueden hacer “endecasílabos” —decía él—, “poesía heroica” de la prosa cotidiana, porque se han abierto los caminos divinos de la tierra. Este sacerdote secular, que tanto amaba a los religiosos, ha abierto un ancho cauce vital y jurídico para que hombres y mujeres, casados y solteros, de todas las razas y lenguas, puedan dirigirse seriamente a la plenitud de la vida cristiana sin necesidad de hacerse religiosos (63).

Pero esa palabra suya, sacerdotal, que hablaba sólo de Dios, no era nunca una palabra desencarnada, “espiritualista”, que hablara de un mundo celeste e irreal, sino tremendamente comprometedora: “Si interesa mi testimonio personal, puedo decir que he concebido siempre mi labor de sacerdote y de pastor de almas como una tarea encaminada a situar a cada uno frente a las exigencias completas de su vida, ayudándole a descubrir lo que Dios, en concreto, le pide, sin poner limitación alguna a esa independencia santa y a esa bendita responsabilidad

(62) *Es Cristo que pasa*, 148.

(63) Cfr. *Conversaciones*, 118 *in fine*.

individual, que son características de una conciencia cristiana" (64).

Hemos de repetirlo: desde su condición de sacerdote de Cristo —y sólo desde ahí— se entiende el amor de Dios y el fuego apostólico de Mons. Escrivá de Balaguer.

En estos últimos años, en que la predicación de Mons. Escrivá de Balaguer por tantos países urgía —como si presintiera la proximidad de su hora— a redoblar la fidelidad a Cristo y a su Iglesia, solía decir, para impulsar a todos a una lucha ascética personal y constante, que lo decisivo era "ganar la última batalla". De nada sirven las victorias intermedias —explicaba— si no se vence en la batalla última: sólo entonces se gana la guerra. Y concluía: por eso hemos de luchar por ganarlas todas: porque no sabemos cuál será la última. Mons. Escrivá de Balaguer murió en su cuarto de trabajo en Roma, inmediatamente después de regresar de Castelgandolfo, a donde había ido temprano, una vez celebrada la Santa Misa, para predicar a las universitarias del *Istituto Internazionale di Scienze dell'Educazione*, institución romana integrada en nuestra Universidad de Navarra. Copiamos unas palabras de ésta su última catequesis:

"Vosotras, por ser cristianas, tenéis alma sacerdotal, os diré como siempre que vengo aquí. Podéis y debéis ayudar con esa alma sacerdotal a nosotros, los sacerdotes. Entre todos haremos una labor eficaz. Sacad motivo de todo para tratar a Dios y a su Madre Bendita, Nuestra Madre, y a San José, nuestro Padre y Señor, y a nuestros Angeles Custodios, para ayudar a esta Iglesia Santa, nuestra Madre, que está tan necesitada, que lo está pasando tan mal en el mundo en estos momentos. Hemos de amar mucho a la Iglesia y al Papa. Pedid al Señor que sea eficaz nuestro servicio a su Iglesia y al Santo Padre" (65).

(64) *Es Cristo que pasa*, 99.

(65) Texto tomado de "Studi Cattolici" 19 (1975) 403.

La última batalla de nuestro Gran Canciller ha estado, pues, muy unida a nuestra Universidad y ha sido una jornada de trabajo como tantas y tantas otras de su vida: predicar la Palabra de Dios y celebrar el Santo Sacrificio de la Misa. Ha sido la última jornada de un sacerdote de Jesucristo, que es lo que siempre quiso ser y lo único que quiso ser Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer (66).

Cuando le llegó su hora, se encontraba acompañado por el Secretario General del Opus Dei, Prof. Dr. Don Alvaro del Portillo, que le administró los últimos sacramentos. Sus restos mortales reposan ahora en la cripta del oratorio de Santa María, en la sede central del Opus Dei en la Ciudad Eterna. Sobre una sencilla lápida se leen dos fechas: “9 de enero de 1902 - 26 de junio de 1975”, y estas palabras: “El Padre”.

Al morir, deja aquí en la tierra a la gran familia del Opus Dei, a la que están también espiritualmente vinculadas muchas personas que no son socios de la Obra; una familia que tiene, dentro de la Iglesia, un espíritu, un modo de ser, unos fines y unos medios que el ilustre Fundador, en paciente y abnegada tarea, ha dejado esculpidos para las generaciones venideras. Deja, además, para toda la Iglesia —en la obra publicada y en el numeroso material inédito—, un legado de espiritualidad, de sabiduría cristiana, de experiencia apostólica, de orientación pastoral y teológica, que queda ya incorporado a la tradición viva del Cristianismo. Un legado que enriquecerá a muchas almas y que los teólogos y, en general, los estudiosos de la vida cristiana habremos de explorar y es-

(66) Precisamente en nuestra Universidad, y con ocasión de la investidura de sus primeros doctores “honoris causa”, Mons. Escrivá de Balaguer, contestando a una pregunta de un periodista francés —“¿Cuál cree que ha sido su principal victoria?”—, respondió: “Mi esperanza es que mi única victoria se produzca en el momento de mi muerte. Puede ocurrir en cualquier momento, y yo les pido a Vds. que recen por mí” (Cfr. “Nuestro Tiempo”, 23 [1965] 100).

tudiar rigurosamente. Es ésta una tarea que ocupará a los investigadores en el futuro y que ahora, en este recuerdo, no puede siquiera ser intentada.

* * *

Debemos, no obstante, dejar constancia de algo fundamental para cuantos hacemos SCRIPTA THEOLOGICA, y —lo pensamos honradamente— para cuantos se dedican al oficio de investigar y enseñar la teología. Nos referimos a la concepción que nuestro Gran Canciller tenía de la tarea teológica, de su sentido, de sus posibilidades, de sus límites. Es tema abundante en su obra —sobre todo en la todavía inédita—, que habrá que estudiar con más detenimiento. Pero el núcleo de su pensamiento puede sorprenderse —nos parece— en un pasaje de la primera homilía de *Es Cristo que pasa*. La tarea teológica, leemos allí, está movida “en primer término, por el deseo de conocer y amar a Dios”, y es, a la vez, “consecuencia de la preocupación general del alma fiel por alcanzar la más profunda significación de este mundo, que es hechura del Creador” (67). Una teología entendida así —con la gran Tradición de la Iglesia— no puede ser jamás algo “abstracto”, juego para la especulación del intelecto humano. Todo lo contrario: está repleta de lo más personal y concreto, que es Dios mismo, y, desde Dios, de las personas y las cosas entre las que vivimos: el mundo, “hechura del Creador”. La inteligencia humana —podríamos decir— tiene “vocación” de mirar, gozosa y unitariamente, a Dios, al hombre y al mundo. No obstante, y “con periódica monotonía —comprueba nuestro Gran Canciller—, algunos tratan de resucitar una supuesta incompatibilidad entre la fe y la ciencia, entre la inteligencia humana y la Revelación divina”. La respuesta de Mons. Escrivá de Balaguer, tanto a los incrédulos que así razonan, como a los teólogos que se dejan impre-

(67) *Es Cristo que pasa*, 10.

sionar por estas afirmaciones, es la siguiente: “Esa incompatibilidad sólo puede aparecer, y aparentemente, cuando no se entienden los términos reales del problema” (68).

¿Cuáles son esos términos que acotan verdaderamente el problema teológico? Oigamos de nuevo al ilustre Fundador de nuestra Universidad: “Si el mundo ha salido de las manos de Dios, si El ha creado al hombre a su imagen y semejanza (Gen 1, 26) y le ha dado una chispa de su luz, el trabajo de la inteligencia debe —aunque sea con un duro trabajo— desentrañar el sentido divino que ya naturalmente tienen todas las cosas; y con la luz de la fe, percibimos también su sentido sobrenatural, el que resulta de nuestra elevación al orden de la gracia. No podemos admitir el miedo a la ciencia, porque cualquier labor, si es verdaderamente científica, tiende a la verdad. Y Cristo dijo: *Ego sum veritas* (Ioh 14, 6). Yo soy la Verdad” (69).

Estas palabras de nuestro Gran Canciller marcan una pauta para nuestro trabajo, para nuestra investigación, para nuestra docencia de la teología. Una pauta que señala un sendero siempre abierto, por el que corrieron los “grandes” de la teología —que fueron teólogos y santos—, a los que nosotros, modestamente, querríamos seguir. Un sendero en el que no caben superficialidades, ni el gregarismo de las modas, pues exige “un duro trabajo” y la humildad de rectificar cuando nos equivocamos. Un sendero que la teología debe recorrer fraternalmente con las demás ciencias, pues todas, cada uno con su propio método y en su propio ámbito, “tienden a la verdad”.

* * *

Nuestro Gran Canciller ya no está físicamente entre nosotros. Dios lo ha encontrado ya maduro y lo ha lla-

(68) *Es Cristo que pasa*, 10.

(69) *Ibidem*.

mado a su presencia. Nuestra oración, que él mendigaba “como un pobrecito de Cristo” —solía decir—, le acompaña. Pero él sigue entre nosotros. El, al que llamábamos, sin más, el Padre. Tal vez tengan más fuerza ahora, que cuando fueran pronunciadas, estas palabras con las que el Rector Magnífico de nuestra Universidad abría, hace dos años, el curso académico y con las que acabamos nuestro emocionado recuerdo: “...el Gran Canciller. Su fe recia, segura; su esperanza confiada, serena; su espíritu joven, animoso, estimulante; su gran corazón, abierto de par en par a todos; y, no en menor grado, su contagioso buen humor, han de ser siempre para nosotros enseñanza viva, fuente incansable de energía, para lograr que la Universidad de Navarra continúe creciendo, desarrollándose, fiel a la idea que la hizo nacer” (70).

LA REVISTA.

(70) F. PONZ PIEDRAFITA, *Palabras del Rector*, en *Apertura de Curso 1973-1974*, Universidad de Navarra, Pamplona 1973, p. 76.